

Cristina Morales

Terroristas modernos

Candaya Narrativa 43

ISBN: 978-84-15934-34-9

400 páginas; 21X14cm; 19 €



LA OBRA: *TERRORISTAS MODERNOS*

Las nociones de terrorismo, modernidad, burguesía y democracia conviven pacíficamente en el tránsito de los siglos XVIII a XIX. El primer acusado en la Historia de *terrorista*, esto es, de ser un *agente o partidario del régimen del terror* (según reza el diccionario de la Academia Francesa de 1798, que inaugura el término), no fue ni un anarquista, ni un comunista, ni un neonazi, ni un abertzale, ni un yihadista, sino el neonato Estado liberal francés, la primera democracia moderna de Europa.

Con esto muy presente y con España hecha un barrizal tras la invasión napoleónica, en 1816 un grupo de españoles urdió un plan para convertir su Reino, aburrida cocinilla de Dios, en Estado, flamante máquina humana. Entre ellos había algún prohombre de la resistencia contra los franceses y algún líder de la guerrilla, pero la mayoría eran militares degradados sin más muda de ropa que el uniforme, ex guerrilleros vueltos mendigos, sastras cuyas confecciones eran censuradas por la Iglesia y poetas cansados de neoclasicismo y por ello ninguneados en las imprentas ilustradas.

El plan no consistía ni en un pronunciamiento, ni en un motín popular, ni en una conjura palaciega, ni en una revolución a la francesa. Lo que la historiografía dio en llamar *la Conspiración del Triángulo* constituyó una infrecuente experiencia de rebelión en la que

desclasados de diversos escalones de la jerarquía social se aliaron y hasta invirtieron sus roles de clase, género y raza. Cristina Morales narra en *Terroristas modernos* el forjamiento de esas alianzas políticas inesperadas, la intrahistoria de esa subversión, y traslada los profusos conflictos de la trama al estilo literario, problematizando el lenguaje y el sustento ideológico del lector.

LA AUTORA: CRISTINA MORALES



Cristina Morales (Granada, 1985) es licenciada en Derecho y Ciencias Políticas y especializada en Relaciones Internacionales. Ha escrito las novelas *Malas palabras* (2015), *Los combatientes* (Premio INJUVE de Narrativa 2012 y Finalista del Festival du Premier Roman de Chambéry a la mejor primera novela publicada en

España 2013), y del libro de cuentos *La merienda de las niñas* (2008).

Sus relatos han aparecido en numerosas antologías, entre ellas *Riesgo. Antología de textos*, *Última temporada: Nuevos narradores españoles 1980-1988* (2013), *Bajo treinta: Antología de nueva narrativa española* (2013) y *Pequeñas Resistencias 5. Antología del nuevo cuento español 2001-2010* (2010).

En 2015 le fue concedida la Beca de Creación Literaria de la Fundación Han Nefkens y en el curso 2007-2008 fue residente de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Su tercera novela, *Terroristas modernos*, ha sido escrita con el apoyo de estas dos instituciones.

DE LA OBRA DE CRISTINA MORALES SE HA ESCRITO:

"Es una fuerza de la naturaleza. La escritura de Morales es poderosa y se coloca en las antípodas de la corrección política". **Marta Sanz, ABC Cultural.**

"Cristina Morales muestra una madurez, un radicalismo sin agresividad y un buen escribir realmente notables". **J. A. Masoliver, *Cultura's. La Vanguardia***.

"Una narración que a veces se confunde con la crónica pero con una voz poderosamente verosímil. En su voz hay mucho más que desfachatez y denuncia" ***El Cultural. El Mundo***.

"No faltará el lector que se pregunte si se encuentra ante una obra de teatro hipertrofiada por las acotaciones o ante una novela dialogada como si fuera una pieza teatral. En cualquiera de los dos casos, hace falta pericia literaria para escribir una autobiografía en dos géneros, y Cristina Morales sale más que airosa del desafío. **Fernando Castanedo, *Babelia, El País***.

"Escasos son los autores que están poniendo en su literatura tanto riesgo como ella" **Vicente Luis Mora**.

LA VISIÓN DE LA AUTORA

Terroristas modernos pretende ser una indagación literaria e histórica en un momento muy concreto dentro del proceso de formación del Estado liberal en España. En el año 1816, un grupo de excombatientes, de defensores de la Constitución de 1812 y de detractores del monarca absoluto Fernando VII, así como de personas sin filiación política pero necesitadas de dinero, urden lo que la historiografía posterior dio en llamar "La conspiración del triángulo", de raíz masónica, cuyo objetivo principal era cambiar a los ministros absolutistas (la *camarilla* del rey) por ministros liberales y obligar a Fernando a jurar la mencionada Constitución. En caso de que éste se negara, se manejaba la posibilidad del regicidio. La novela relata el proceso de planificación del atentado, la captación de conspiradores mediante la remuneración económica o la promesa de promoción, las deslealtades ocurridas entre los conspiradores y la postrera persecución policial.

UN FRAGMENTO DE *TERRORISTAS MODERNOS*

"Mateo Arruchi sale al mostrador envuelto en una vaharada de azúcar tostado. Se dirige a la sirvienta nueva: qué va a ser. El caballero está antes, responde. Atienda a la dama, que se la ve apurada, dice Domingo Torres, y esta vez emerge de la capota una ojera y un rápido pestañeo. Tres hogazas grandes, tres pequeñas y de los dulces que tenga del día, seis onzas. Hoy tenemos de todos los dulces. Petisús, mazapanes, merengue, tartaletas, cruasanes, hojaldres, mmm... magdalenas con chocolate y sin chocolate, pastel de queso, bombones, mmm, bizcocho de miel, de nueces, de canela, de piñones, de vino, de limón, enteros y por trozos, naranja confitada. ¿Todos son del día? Del día desde que amaneció a las seis de la mañana que están los hornos ardiendo. Arruchi se pasa el brazo por la frente y se deja un rastro de harina. La necesidad de elegir agita a la sirvienta nueva, la capota vacila rígidamente y deja ver a Domingo Torres un ojo. ¿Me los repite? Mateo Arruchi respira hacia el techo y empieza otra vez bombones, hojaldres, petisús, señorita, interrumpe Domingo Torres. Permítame recomendarle las tartaletas de manzana. En esta casa las hacen de maravilla, son los proveedores de La Esmeralda. La sirvienta nueva gira el cuello y Domingo Torres puede ver fugazmente la cara completa, chata y terrosa. Tartaletas de manzana. Seis onzas. Marchando, dice Mateo Arruchi, y al entrar al obrador la estela de azúcar tostado se redistribuye por el despacho. Gracias, señor, dice la sirvienta sin mirarlo. Domingo Torres estira los labios, se orea el pelo y se abanica con el sombrero. Su perfume alcanza a la sirvienta como un tacto lento que la hace alejarse un paso. Torres se le acerca con el mismo paso con que ella se ha alejado y la capota vuelve a estremecerse. Permítame otra recomendación, ¿me la permite? A la sirvienta le angustia desconocer el límite entre la buena educación y la coquetería. Lanza otra mirada fugaz a Domingo Torres y con ella se lleva un nuevo aliento de su perfume. Le recomiendo que asista usted esta noche a un baile organizado por las más elevadas personalidades de Madrid. Allí aprenderá el límite entre la buena educación y la coquetería. Por ejemplo, aprenderá que no mirar a los ojos a su interlocutor es coquetería. La sirvienta nueva se gira hacia Domingo Torres como si le hubieran dado una bofetada desde el otro lado. Su cara es pequeña y cuadrada, y el lazo del sombrero bajo la barbilla le hace a Domingo Torres pensar en una cabecita alada, en un angelillo barroco despistado. Aceptar la invitación a un baile que le hace un caballero gentil después de haberla ayudado a hacer la compra es buena educación.

La ráfaga de manzana caliente que precede a Mateo Arruchi la aspira la sirvienta nueva con raro alivio. Su concentración erra de las manos de Mateo Arruchi envolviendo

los pasteles al perfil oblicuo de Domingo Torres que la inquiere será a las nueve, en un hermoso teatro. La frase tira de los ojos de Mateo Arruchi, que mortigua el ruido del envoltorio y ralentiza la velocidad del cordel. La sirvienta nueva sólo encuentra en los ojos de Arruchi una complicidad masculina, no dirigida a ella, y se siente asediada, cede al fin. Balbucea unas vocales al aire y dice me llamo Begoña. Domingo Torres dice Domingo Torres. ¿Adónde le mando el coche? Callejón del Rosario con Embajadores. Cinco reales con cincuenta, dice Arruchi, y acerca los tres atillos al borde del mostrador. ¿Y en napoleones? Uno con cuatro. La sirvienta posa dos monedas en el mármol y mete cuidadosamente los tres paquetes en la cesta. Torres la observa de frente y se la imagina. Arruchi se demora en la colocación de unas bandejas para poder observar a Torres. A las ocho y media tiene usted el coche en la puerta. Cuando llegue al teatro pregunte por mí. Domingo Torres, dijo la sirvienta. Eso es, sonrió Domingo Torres, y esparció las eses como encantamientos. ¿Le deja salir su señora tan tarde, doña Begoña? No lo sé, nunca antes le pedí permiso para salir, dice resuelta la sirvienta nueva, y su desparpajo no indica seguridad sino inocencia. Domingo Torres se la imagina compacta y oscura y con los pechos pequeños, una india. ¿Y si no le deja? La sirvienta nueva se encoge de hombros, dice no sé, cierra la cesta, dice adiós y se va, y esa simpleza lo intimida.

Qué va a ser. Domingo Torres espera a que la campanilla se silencie completamente para decir el encargado, por favor. Para servirle, dice Arruchi, y Torres se alegra de que sea un muchacho. El encargo a nombre de Las Amenidades Literarias, ¿está listo? A Mateo Arruchi le aprieta el estómago la certeza de la conjura, la personificación de la intriga en la callada voluptuosidad de Domingo Torres, y su habitual mueca de dolor hoy es casi una sonrisa. Da un paso atrás y mete medio cuerpo en la tahona para llamar al patrón, pero en el trayecto piensa esto es asunto mío, nuestro, y vuelve al despacho. Está listo, pero no nos ha dado usted ninguna dirección donde llevarlo. Precisamente a eso venía. Tengo que conducirlos a ustedes al sitio en cuestión. Arruchi se contrae en otro mohín inquieto. Mantengo el secreto mandado o nuestro simpatía, se pregunta mientras dice no es menester, señor. Piensa si nuestro simpatía puedo parecer indiscreto. Para pedidos tan grandes nosotros mismos se lo llevamos en carro. Si mantengo el secreto dejo de ayudar a un aliado. Sin sobrepago por el transporte, añado. Domingo Torres reproduce la línea que trae aprendida: Es que nuestras reuniones son en un sitio de tránsito difícil, y más si se va en carro, por eso es preferible que yo los acompañe. Todos los dulces deben llegar en perfecto estado. Somos una sociedad muy, desvía la mirada, detallista, concluye afilando la ese. Mateo Arruchi apoya las manos en el mostrador y extiende el revés amarillento de sus

brazos. Si usted quiere decir, murmura atacado por la simpatía y por el estómago, que hay que llevar los dulces al teatro de los Caños del Peral, a Domingo Torres se le marca el entrecejo, para que estén allí a las nueve de la noche, no se preocupe. Torres apenas tiene que regular su voz para convertirla en un cuchicheo: De hecho, tendrían que estar antes de las nueve para que diera tiempo a colocarlos, dice, y Arruchi recibe un feliz latigazo en la vesícula. Mateo ya con la cháchara, gritan desde dentro. Que estoy despachando todavía, patrón. Arruchi se inclina por encima del mostrador y busca la oreja de Domingo Torres. Abra la puerta un par de veces y diga buenos días bien alto. El hálito viciado de Arruchi da a Domingo Torres sensación de intrepidez. Torres siente debilidad hacia las órdenes dadas porque sí, sin atender a la oportunidad ni a la jerarquía, sólo por el riesgo que comprenden para el que las da y a sabiendas del riesgo en que incurre él mismo al fiarse. Es de una temeridad que le enternece. Abre y cierra la puerta dos veces y exclama, por encima del tintineo de la campanilla, buenos días, y después con voz grave, hola, hola, buenos días. Que está entrando gente, patrón, que es la hora, qué desean, caballeros, dice Arruchi con teatralizada amabilidad.

Quién te ha hablado a ti de esto. Arruchi duda, debatiéndose de nuevo. A Domingo Torres le gusta esa cautela, esa seriedad con que los niños se toman el juego. Rectifica mejor no me lo digas, ya sabes lo de los ángulos y los triángulos, ¿no? Sí señor, que sólo se puede conocer al superior jerárquico y a los dos subordinados pero los subordinados entre sí no pueden conocerse, responde Arruchi. Sube la voz y añade a real el bollo grande, a tres cuartos el pequeño, e interroga con la frente arrugada. Sí, nosotros estamos burlando el secreto de los ángulos, responde Torres, también con la frente arrugada detrás del flequillo." (204-207)